



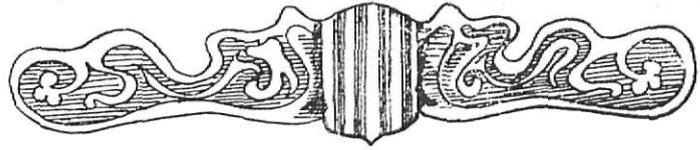
POSTAL
GERUNDENSE

FERIAS: DERECHO DE PROPIEDAD

Por JORGE DALMAU

Tuvo Luis Marsillach la delicadeza de un comentario a las pasadas Fiestas de la Merced, de Barcelona, que fue palabra justa y necesaria. Sólo por exigencias de confección no lo traspasamos íntegro a estas cuartillas, que más inteligibles se harían, pero sí entre-sacamos unos párrafos que bien pueden ser aplicados a cualquier ciudad en Fiestas: «Si dejamos de preocuparnos de que vengan o no vengan turistas, podremos ser más sinceros. Las visitas siempre coartan un poco. Cuando uno quiere dar satisfacción a otros, sacrifica muchas satisfacciones propias. A quienes han de gustar las Fiestas es a nosotros mismos. Si nuestros gustos coinciden con los de alguien más, miel sobre hojuelas. Pero primero, nosotros. No pretendamos deslumbrar a nadie. Hagamos, sí, las cosas lo mejor posible. Pero con sencillez, con naturalidad, pensando que lo mejor de una gran capital está en lo que le queda de pueblo, como en un hombre está en lo que le queda de niño. En nuestra Fiesta Mayor sintámonos pueblos, que es tan maravilloso como sentirse niño. Cultivemos estos días el fondo de inocencia que hayamos milagrosamente salvado. Y si nos remontamos hacia lo universal que sea por espontáneo impulso del alma. La dimensión está en nosotros. Si hay grandeza en nosotros, la tendrán nuestras fiestas. Nos bastará con ser naturales.

Estando en ferias Gerona, no le faltará oportunidad a la glosa.



FESTAJMA
JOR i FIRA
DE GERONA any MCMVII

Nuestras Ferias son anualmente el punto final del vaivén turístico, que a más de una familia le ha impuesto, por espacio de meses, el verse, en algo, fuera de lugar; los últimos días de octubre, con sus primeras gabardinas y luz artificial al atardecer han dicho adiós a los rezagados de cada año. Adiós y, ahora, al fin, en casa. Es lo natural. Y sinceramente creemos que sería antinatural querer injertar el turismo en las Ferias de Gerona. Nos referimos, claro está, al internacional, por Dios, nuestros visitantes de provincia no son turistas, son de casa, de toda la vida, no hay necesidad de tratarles de usted. El otro turismo, el que nos hace ser poco sinceros a veces, no puede hacer que nuestras Ferias sufran un ápice de variación por su culpa;

si lo hiciera seríamos cómplices de un disparate imperdonable; el clásico letrero —por ejemplo— de nuestras barracas «Los niños también pagan», no sabríamos, no podríamos leerlo en lengua extranjera. Las satisfacciones populares que en meses turísticos se han visto a veces sacrificadas, han de resucitar cuando la ciudad está en Fiesta, porque si en esos días nuestro pueblo no se manifiesta en toda su autenticidad, ¿cuándo lo hará? Que vengan, si gustan, los turistas, pero cuidado con el turismo, cuidado con su visado de entrada.

Es importante que se diga que a quienes han de gustar las Fiestas es a nosotros mismos. Apliquémoslo a Gerona y tendremos un buen criterio para obrar cuando se hable y se vuelva a hablar de la siempre traída y llevada renovación de las Ferias. Evolución, siempre, pero pensando así, «en nosotros mismos», en los críos y en los mayores que diariamente, desde el pasacalle inaugural hasta los fuegos de artificio convivimos con sol o con llovizna los actos todos del Programa, no dejando de visitar ni la más pequeña exposición. Hacer o vitalizar las Fiestas de Gerona pensando primeramente «en nosotros mismos» no es cerrazón, ni egoísmo, es sencillamente usar del derecho de propiedad.

Y finalmente nos parece muy justo recomendar naturalidad, que significa huir tanto del alarde como de la estrechez. Para el caso de nuestra ciudad no hace falta que se nos diga que no pretendamos deslumbrar a nadie, por ahora no hace falta. Pero no vendrá mal el aviso por si algún día hubiese alguien que entendiese mal lo de «querer es poder» en la cosa pública, porque para ponerse a desnivelar presupuestos no se precisa ningún doctorado. Sin deseos de adelantar a nadie, ni de copiar tampoco, nuestras Ferias han de seguir con dignidad, con la suya. Que tampoco se nos queden

viejas: han de estar a la altura de la ciudad, que también ha aprendido a urbanizar con pinos jóvenes y asfaltar, digo alfombrar, calles nuevas con técnicas de primera categoría. Defender la naturalidad quiere decir, en Ferias, deseárselas del mismo tono que vamos adquiriendo como ciudad y no acurrucarnos ahí tras las casonas antiguas diciendo que somos muy poca cosa. (Entre paréntesis, y como sugerencia: si los decimonónicos Juegos Florales se nos murieron, ¿por qué no pensar en la sucesión suya, puesta al día?)

Gracias porque alguien ha dicho que «lo mejor de una gran capital está en lo que le queda de pueblo». Aquí ha gustado, porque no somos gran capital, y sí, en cambio, nos queda mucho de pueblo. Por eso en las soleadas mañanas de Todos los Santos nos gusta que nuestros visitantes vayan llegando llevando todavía el polvo de nuestras comarcas; los más modestos y sin familiares en la ciudad se quedarán a comer en un banco de piedra del parque de la Dehesa, algo así como un día de campo, pero con americana, ellos, y con peinado «permanente» las jovencitas. Después nos veremos en el recinto ferial codo a codo escuchando propaganda del último aspirador o viendo el portento de un riego por aspersión, o nos detendremos gustosos ante el altavoz de un charlatán mirando cada cual de no ser el primero en comprar aquel artículo tan alabado y tan barato. Y esa desconfianza pueril, como aquellos churros de más allá, y el ir coleccionando prospectos comerciales, los pisotones, y el asombrarse ante cualquier pequeña novedad, harán sentirle a él como en su propia casa, como en su propia Feria, y a nosotros nos hará pensar que sí, que tal vez hemos milagrosamente salvado un buen fondo de inocencia.